



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

EL ENCANTO

Hay cualidades fáciles de percibir, pero difíciles de definir. Todos sabemos a qué nos referimos al decir de una persona o un lugar que tiene *encanto*, pero ¿sabríamos precisarlo? La etimología puede darnos la pista. Encanto procede de “cántico mágico, que produce un hechizo”. El sinónimo francés —*charme*— tiene una misma etimología conceptual, aunque no léxica. Deriva de *carmen*, que se refería en latín a las fórmulas mágicas rimadas. De ahí procede también el nombre de los cármes, que son unos jardines maravillosos. Este poder transfigurador de la palabra aparece en otros

casos. Dicha, felicidad, procede de *dicta*, “dichos”. Mágicos, por supuestos. El inglés *glamour*, que utilizábamos para designar el aura sugestiva de las películas y de sus protagonistas, procede de *grammar*, gramática. Sin duda, gramática sobrenatural también. El encanto supone estar bajo un encantamiento, bajo un hechizo que nos lleva más allá de lo real, que nos somete a fuerzas mágicas benefactoras. Es esta capacidad de fascinación, de transportarnos más allá de los límites materiales, lo que queremos indicar al atribuírselo a una persona o un objeto. Con razón es difícil de explicar.

Otra de esas cualidades evanescentes es la *gracia*. No me refiero a la del gracioso, que es un degeneración de su significado original, sino a que percibimos en un gesto, un modo de andar, una respuesta, el vuelo de una falda, un bailarín. Es la belleza en movimiento. La palabra procede de *gratus*, aquello

que merece admiración o reconocimiento por su valor o atractivo. Pero se emparenta con el griego *járis*, que refería el atractivo que tenían algunas bellezas. Esto fue un descubrimiento sorprendente: hay dos tipos de belleza, la estática y la dinámica. La mitología lo concretaba en un cinturón que llevaba Afrodita, y que la hacía irresistible. Sin ese cinturón, era bella, pero no atractiva.

Me fascinan las etimologías, ya lo saben. Me sorprende saber que detrás de la rutina del *viernes* está la bella figura de Venus, que también está presente en *veneno*, primer nombre de los filtros amorosos. Además de su interés lingüístico tienen para mí un valor simbólico. Para entender el presente

PARA ENTENDER EL PRESENTE HEMOS DE CONOCER CÓMO HEMOS LLEGADO HASTA AQUÍ, SU ETIMOLOGÍA

hemos de conocer cómo hemos llegado hasta aquí, es decir, su etimología, que es la presencia del pasado. El pasado continúa en las palabras y también en las instituciones y en las costumbres y en los símbolos. Todas esas realidades reciben su sentido de sus genealogías. Sin conocerlas, podemos utilizarlas eficazmente, pero sin entenderlas. Eso es

grave cuando se trata de realidades que dirigen nuestras valoraciones, sentimientos, conductas éticas o políticas. ¿Qué ocultan en su interior las palabras *dignidad*, *justicia*, *nación*, *soberanía*, *dinero*, *amor*? Una de las funciones de la filosofía debe ser reactivar la etimología de nuestro presente. Viajamos siempre con una maleta cuyo contenido nos ha sido entregado, pero no sabemos si somos traficantes de drogas o portadores del Santo Grial. Por eso es necesario abrir el baúl, nada fácil porque suele estar cerrado, al menos, por siete candados.

POSDATA. Mi pasión por las lenguas me anima a pedirles un favor. Hay unos sentimientos universales que cada cultura analiza y lexicaliza de forma especial, subrayando unos aspectos más que otros. Me gustaría que me ayudaran a encontrar los *sentimientos catalanes*, es decir, aquellos que sólo están lexicalizados en catalán. Sería fantástico que de esta sección surgiera un *diccionario* de esos sentimientos. ■



Raúl